

## EDITORIAL

*¡Somos únicos! En pocos años hemos pasado de las declaraciones triunfalistas de los jerarcas tradicionales, aseverando que nuestra juventud era la más sana de Europa gracias a la estabilidad de la familia y sus valores trascendentes, a la denuncia ribeteada de connotaciones ético-pseudosociológicas de que nuestros jóvenes son delincuentes, drogadictos y parásitos sociales.*

*Obviamente las circunstancias han cambiado. Se incrementa la delincuencia (no sólo la juventud), los atracos a farmacias, la intimidación con arma blanca, la agresión sangrienta gratuita o por unos pocos duros, el consumo de drogas, el índice de toxicómanos, etc...*

*Pero quienes atribuyen la inseguridad ciudadana y la regresión social a la tímida democracia olvidan —que no ignoran— la fuga de capitales, el delito fiscal del pudiente, el fraude institucionalizado, el robo de las multinacionales al Estado —con la complicidad de éste— y muchas otras cosas más. Aquellos polvos trajeron estos lodos; la democracia no ha tenido tiempo de gestar tanta podredumbre.*

*La falta de igualdad de oportunidades, la escasez de puestos de trabajo, los técnicos y profesionales mal preparados y sin salida, el empleo del tiempo libre, y en una palabra, toda una generación espectadora de la hipocresía de sus mayores, del desmorone de los esquemas éticos impuestos y sin teleología colectiva para hacer país, no puede ser ni revolucionaria, ni sana, ni ilusionada, ni constructiva.*

*Tan sólo si los procesos autonómicos tuvieran entidad, los pequeños "países" saldrían —tal vez— de su abulia.*

*Ya sólo le queda a la clase dominante un recurso: marginar a la juventud y como al obrero, al negro o a la mujer, denunciarlo como enemigo natural del progreso y bienestar, difundiendo la idea de que nuestros males, nuestro enemigo interno, es la juventud drogadicta y delincuente... que ellos mismos han propiciado.*